

cientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hacia sus agentes.

“A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

“El sargento 1º Melier, pasará diariamente por mañana y tarde, á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados; y que éstos se muestran reconocidos hacia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo, sean respetuosos con las buenas Hermanas de la Caridad, que así como las nuestras, se sacrifican por la humanidad.

“El sargento Labrinié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

“Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blotd.*”

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos, Duchesné, á sus padres:

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crean vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad: estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

“El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500

hombres próximamente que tomamos parte en el combate, sólo 70 ú 80 quedaron sanos.

“Adios amados padres, etc., etc.—(Firmado).—*Duchesné.*”

Carta del capitán Blotd al subteniente Derné.

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir ésta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8ª compañía que quedó en el campo.

“Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró excesivamente digno y benévolo para todos.

“Nuestro pobre sargento 1º murió ayer á causa de sus heridas, despues de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

“Nuestro batallón está de desgracia: aquí estamos tres oficiales; Abril, yo y Salata, que no tenemos más que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilair, y Bormchligel, fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemlly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que ménos. Galland está bueno.

“No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

“Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el francés, y respetan nuestra desgracia . . . . .

“En mi parte que dirijo al coronel, están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento, con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena, que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

“Agregue vd. á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento . . . —(Firmado).—*Blotd.*”

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente, consu-  
DEFENSA.—14.

mimos cerca de un millón de tiros de fusil y una gran cantidad de tiros de cañon.

El 26 di orden de que se economizaran, de cuantas maneras se pudiera, las municiones de esta última arma, para prolongar la defensa de la plaza hasta donde humanamente fuera posible. Previne además al comandante general de artillería, que no se dispararan cañonazos para demoler edificios, aun cuando estos se hallaran ocupados por fuerzas francesas, y que sólo se hiciera jugar nuestra artillería cuando por los movimientos y asaltos del enemigo, se creyera de absoluta ó imperiosa necesidad hacerlo. Le previne tambien, que personalmente recorriera las líneas y diera las instrucciones correspondientes á sus subordinados, con el objeto de que aquella orden quedara exactamente cumplida, orden que verbalmente se comunicó al mismo tiempo por el cuartel general, á los generales que se hallaban al frente de las líneas atacadas.

En la tarde del mismo día 25 que escribí la carta que dejo inserta, le dirigí otra reservadísima al señor general Comonfort, encareciéndole en ella la necesidad que había de que se moviera al día siguiente con sus fuerzas sobre la línea enemiga que circunvalaba á Zaragoza, suplicándole que si aceptaba mi proposicion, se sirviera darme aviso de cuáles eran los puntos por donde debía hacer su marcha y hacia qué campamento se dirigía, á fin de hacer salir una ó dos fuertes columnas de la plaza, para que simultáneamente atacaran un punto dado, tanto las fuerzas del citado general, como las pertenecientes al Cuerpo de ejército que yo mandaba.

Le decía tambien: que el movimiento, ejecutado con la prontitud que le indicaba, lo vería indudablemente el enemigo, como el resultado de la derrota que sufrieron sus columnas el 25, y que si no conseguimos con ese movimiento una victoria decisiva, si obligáramos á los franceses á levantar el sitio ó á reconcentrar sus tropas en los puntos más fuertes que tuvieran, lo que importaría tambien, bajo otro aspecto, el triunfo de nuestras armas, porque le quedarían medios á la plaza de proveerse de lo que necesitaba.

Manifesté, por último, á dicho señor general: que por falta de municiones de boca y guerra, la plaza no sería posible que continuara defendiéndose, sino por el término de ocho dias á lo más, y le reco-

mendaba que lo expuesto se sirviera ponerlo en conocimiento del Gobierno Supremo.

Reservadamente interrogué á los generales Mendoza y Paz, encargado uno como Cuartel-Maestre de los almacenes de víveres, y el otro de los de municiones de guerra como comandante general de artillería, si los elementos que nos quedaban eran suficientes para defender la plaza por ocho dias más: unánimemente me manifestaron que no, demostrándome con los estados respectivos, que los víveres habían concluido y sólo existían unas cuantas fanegas de legumbres secas, y que si los ataques eran fuertes, continuados y rudos como en los dias anteriores, nuestras municiones de guerra concluirían ántes de cinco dias.

A los citados generales les dije que era indispensable cumplir la oferta que había hecho, aunque para ello tuviéramos que tocar los extremos; en consecuencia previne al general Mendoza, que pusiera comisiones, bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, para que con todo el comedimiento posible, ó rompiendo los cerrojos y azoteas, si esto era necesario, fueran cateadas todas las casas del Oriente de la ciudad, con el objeto de sacar de ellas los víveres que se encontraran, prévio un riguroso inventario y avalúo; y al general Paz, que se compraran ó se sacaran de las tiendas, boticas y casas particulares, todos los ingredientes necesarios para la construccion de pólvora, ya fuera negra, blanca ó de algodón.

Estas medidas, aunque no nos dieron un resultado sumamente satisfactorio, si nos sirvieron de mucho en los dias que faltabande sitio.

El general Comonfort no creyó conveniente aceptar mis proposiciones, pero me contestó oportunamente, diciéndome: que para salvar su responsabilidad, ya pedía por extraordinario instrucciones al Gobierno, respecto del contenido de mi carta, cuyas instrucciones nos servirían á ambos.

Aunque en general estaba aprobado por el mismo Gobierno mi plan militar, quise, no obstante, tener una regla á que sujetar mis operaciones, respecto de algun incidente imprevisto que pudiera presentarse en el curso ordinario de los sucesos, y pedí, por lo mismo, instrucciones al superior, repitiéndole, como lo había estado haciendo en todas mis cartas, que el honor de nuestras armas se salvaría

de todas maneras, sin perjuicio de dejar cumplidas las órdenes que se me dieran.

Del día 25 al 29, celebré dos armisticios con el general francés, los que tenían por objeto levantar los cadáveres de una y otra parte, que se hallaban insepultos en las calles, entre los escombros de algunas manzanas, y en una gran parte de la llanura situada frente á la línea del Carmen á Santa Inés. Yo mismo propuse que el término que debían durar esos armisticios no pasara de dos horas.

Durante aquellas suspensiones de armas, permití que se remitieran del campo francés á los prisioneros que se encontraban dentro de la plaza, sus equipajes y correspondencia epistolar.

Propuse también al general Forey, que los cadáveres de uno y otro ejército se levantaran indistintamente, sin que el francés se limitara á recoger los suyos, y el mexicano los que le pertenecían, cuya proposición fué admitida, mandándome decir en respuesta aquel general, de un modo cortés y comedido, que todo se haría en los términos que yo estimara por conveniente.

En esos días los fuegos continuaron con alguna actividad, si bien el enemigo se limitaba sólo á hostilizar la plaza por medio de sus proyectiles, sin intentar abrir otras brechas para dar nuevos asaltos, ni intentar tampoco atacar la ciudad por alguno de los muchos puntos abiertos que los circunvalaban.

Para inspeccionar el número de fuerzas que tentan los franceses en cada una de sus posiciones, y examinar cuál era el punto más débil ó más conveniente, por donde nosotros pudiéramos emprender la salida cuando fuera necesario, ordené el día 27 á los generales Berriozábal, Alatorré y Llave, que en la tarde de ese mismo día, y á la hora que al efecto señalé, rompieran los fuegos de fusilería y artillería sobre la línea enemiga, y al primero de dichos ciudadanos, que cuando se hubieran generalizado aquellos, mandara asaltar, con una fuerza pequeña de su división, la manzana que ocupaba el ejército francés, y que se halla al Sur de la calle de la Obligación, diciéndole también que aquel asalto no tenía por objeto, sino única y exclusivamente, apoderarse de ella el tiempo puramente necesario, para incendiar los escombros en que se hallaba convertida, de los que estaban aprovechándose los invasores.

Ordené igualmente al general Mendoza, que diera las disposiciones correspondientes, para que á la hora citada se dejaran ver por la llanura, y en los puntos no fortificados, las reservas de la 4ª y 5ª división entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, y entre éste último y el del Carmen, como en actitud de amago á la línea francesa establecida al frente de aquellos fuertes: y al general Negrete, que saliera de la plaza con su división y algunas otras fuerzas que le agregué, sobre los campamentos enemigos situados entre Rancho Colorado y Santa María, y que cuando se hallara inmediato á ellos, hiciera jugar su artillería, replegándose á la plaza tan luego como yo se lo ordenara por medio de un signo telegráfico convenido, para cuyo efecto, me coloqué con una bandera sobre la torre de Santo Domingo.

Todas estas órdenes fueron exacta y valientemente cumplidas, obteniendo por resultado de ellas, lo que me había propuesto conseguir.

El día 29 escribí al señor general Comonfort, diciéndole: que habiendo concluido las municiones de boca y guerra con que contaba la plaza, y no teniendo de donde sacarlas, ya no me sería posible seguir defendiéndola, y que por lo mismo, y dejando tranquila mi conciencia, había llegado el día de romper el sitio, lo que tendría que verificar el 2 de Mayo, arrollando dos de los campamentos retrincherados del enemigo; lo excitaba igualmente, para que, colocándose en un punto dado, llamara la atención de los sitiadores y auxiliara la operación que yo tenía que practicar.

Al comandante general de artillería le ordené que alistara setenta piezas, colocándolas en las plazuelas que se encontraban á retaguardia de nuestras líneas atacadas; pero que esta operación debía hacerla con tanta reserva, astucia y precaución, que no pudiera ser notada ni aun por los mismos soldados de nuestro Cuerpo de ejército. Le previne además, que tuviera listos y preparados los medios que debían servirle, para romper, á la hora que se le dijera, las piezas de artillería que no podíamos sacar de la plaza; porque estaba resuelto á arrollar una parte del cerco, para que emprendiera su salida por ese punto, el Cuerpo de ejército de mi mando; pero que este movimiento quería hacerlo de uno modo que no indicara una

fuga, sino la ejecucion de actos meditados fria y glacialmente y llevados á cabo con calma, aunque motivados por la necesidad. Le previne, por último, que alistara las acémilas en que debíamos conducir, para romper la línea enemiga, las pocas municiones de guerra que nos quedaban, dándole dos ó tres dias de término para que simuladamente pudiera concluir estos trabajos.

Ni aun á este general, que me inspiraba tanta confianza y que se hallaba constantemente á mi lado, quise revelarle el punto por donde debíamos hacer la salida, ni el dia ni hora en que tendríamos que verificarla. Esta revelacion sólo tuve que hacerla al general Comonfort, por creerlo así conveniente, y sólo respecto del señalamiento del dia.

A los generales que mandaban divisiones les previne reservadamente: que con cuanta precaucion fuera posible, comenzaran á retirar las fuerzas que teníamos en nuestras líneas avanzadas, con el objeto de que á la hora en que se les diese la orden correspondiente, se pudiera hacer un movimiento general de todos los puntos que ocupábamos, sin que fuera notado por el enemigo, ni previsto por nuestras tropas.

Tuve, respecto de este mismo negocio, algunas conferencias con el general Cuartel-Maestre; y aunque este señor pulsaba algunas dificultades para que se llevara á cabo con buen éxito la empresa que yo estaba resuelto á acometer, me dió los informes que le pedía, relativos á las avenidas de rueda y de herradura, que conducen de Zaragoza á distintas poblaciones.

Las dificultades que pulsaba el citado señor general, consistían: en lo inmediato que se hallaban las fortificaciones del enemigo de las nuestras, y que por esto era casi imposible, militarmente hablando, hacer un movimiento general que no fuera apercibido por aquel; y en la poca potencia de nuestra artillería movible para abrir brechas, con la prontitud que requería el caso, en los parapetos levantados por el ejército frances para obstruir y defender el paso de las carretas.

Estas juiciosas observaciones no carecían de fundamento; más como yo me encontraba resuelto á dar el paso referido, porque lo creí de mi deber, me aproveché y aprécié en lo que valían las indicaciones de aquel general, pero no cambié á la influencia de ellas

mi plan, y contando con el patriotismo, valor y conocimientos militares del mismo señor Mendoza, le dije: que iba á poner á sus órdenes uno ó dos batallones, y á encargarle la defensa de algunos muros de la ciudad, inter yo, con el resto de los generales, rompía el cerco puesto á Zaragoza, y que como la fuerza citada debía perderse y caer prisionera, le dejaría la orden correspondiente, firmada de mi puño, á cuyo efecto lo comisioné para que él mismo formara la minuta.

Su contestacion á mis proposiciones, que aun no tenían el carácter de una orden, fué decirme: que él pertenecía á su patria como soldado y como ciudadano, y que por esto yo podía disponer de su persona en los términos que lo estimara por conveniente.

Se hicieron los aprestos respectivos, y cuando todo se hallaba listo, recibí la contestacion del general Comonfort, en la que me indicaba suspendiera el paso que iba á dar, tanto por las instrucciones que me acompañaba del Supremo Gobierno, como porque el ciudadano Presidente de la República, llegaría dentro de algunas horas á San Martin de Tasmelúcan, que era el cuartel general del Cuerpo de ejército del Centro, y como en comprobacion de su aserto, me trascribió un mensaje telegráfico, suscrito por uno de los señores Ministros y fechado en Riofrio.

Las instrucciones á que aludo, motivadas por mis cartas y por las del general Comonfort, relativas al movimiento que le indicaba hiciera el dia 26, eran dirigidas oficialmente al citado general, y á mí sólo se me trascribían en la misma forma. El contenido de ellas, como lo recordará el Supremo Gobierno, era en extracto el siguiente:

Decía el señor Ministro de la Guerra: que el ciudadano Presidente de la República estaba persuadido que el Cuerpo de ejército de Oriente, continuaría defendiendo, como lo había hecho hasta entonces, la plaza de Zaragoza, mientras no le faltaran municiones de boca y guerra, y que por lo mismo imponía al general Comonfort, como primera y urgentísima obligacion, la de introducir víveres á la ciudad atacada: que si esta operacion fracasaba por algun incidente desgraciado, el Cuerpo de ejército del Centro debería proteger de cuantas maneras le fuera posible, la salida del de Oriente; y

que si ni aún esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el Gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y quería, por consiguiente, que se librara una acción, á la que concurrirían ambos Cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenía, y al efecto me comunicaba que la introducción del convoy la verificaría por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el Cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debía hacer su marcha el convoy, así como los días en que se verificaría ésta, me los señalarían durante la noche unas grandes fogatas, y en el día fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prestindía salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decía también al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerían decididamente las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente di orden al Cuartel-Maestre para que se colocaran vigías, perenne y constantemente sobre las torres de Catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se había propuesto darme el general Comonfort para que protegiera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aún mandé preparar también con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.<sup>a</sup> división al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí también una carta del ciudadano Presidente de la República, en la que me decía: que mucho, muchísimo habríamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al Gobierno, se hubiera movido el día 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venía una noticia reservada, procedente del Ministerio de la Guerra, respecto de las casas particulares en que se en-

contraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos días más.

Las obras de contravalación á la plaza, continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construya el enemigo, para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decía el 2 de Mayo, en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico:

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd., fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor Presidente y sus Ministros á San Martín.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastión Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia, frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el enemigo, esto es, para contrariar nosotros las obras de aquel.—Nada más ocurre de importancia.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—Ortega.”

Los días 3 y 4 de Mayo, los fuegos fueron nutridos durante algunas horas, y las obras de contravalación que el enemigo seguía poniendo á la plaza, continuaron con mucha más actividad que los días anteriores: dichas obras comenzaron también á extenderse al frente de los fuertes del Carmen é Ingenieros.

El último de estos días celebré con el general Forey, por medio de mi ayudante teniente coronel C. Juan Tognó, una convención, por